

**Dossier**  
**El catolicismo y la cuestión social en Argentina  
y España, entre fines del siglo XIX  
y mediados del siglo XX<sup>1</sup>**

*Diego Castelfranco*  
(CONICET/Instituto de Investigaciones - UCA)  
dcastelfrano@gmail.com

*María Mercedes Amuchástegui*  
(UCA)  
meramuchaz@yahoo.com.ar

El presente dossier propone desplegar un breve recorrido sobre un conjunto de temáticas atinentes al vínculo entre la Iglesia Católica y la “cuestión social” en la Argentina y en España. El período comprendido abarca entre fines del siglo XIX, cuando fue publicada la encíclica *Rerum Novarum*, y mediados del siglo XX, en el marco de las fuertes transformaciones que a dicho vínculo le imprimiera el Concilio Vaticano II. Los artículos que lo componen se ocupan de temas, tiempos y espacios considerablemente diversos: los Círculos de Obreros porteños en la vuelta del siglo XIX al XX, los intelectuales liberal-católicos de *Orden Cristiano* en la década de 1940, la Pastoral Indígena en Formosa en las décadas de 1960 y 1970, la Hermandad Obrera de Acción Católica Femenina en el marco de la España franquista y, finalmente, las reacciones católicas frente al Plan de Lucha de la CGT de 1964. Puede observarse en ellos, sin embargo, una cierta línea que los recorre de un modo más o menos subterráneo: si la *Rerum Novarum* señalaba claramente dos

---

<sup>1</sup> Los artículos que integran el dossier fueron presentados, inicialmente, en el workshop “Catolicismo y cuestión social: de la *Rerum Novarum* al papa Francisco”, realizado en octubre de 2015 en la Universidad Católica Argentina y organizado por el Programa de Historia del Catolicismo en América Latina, nucleado en dicha institución.

enemigos, el capitalismo deshumanizado, esquivo a cualquier postura ética, y el socialismo, intrínsecamente desviado, muchas veces los católicos involucrados en estas áreas tendrían dificultades para encontrar un firme “terreno intermedio” desde el cual actuar. Como se verá más adelante, el riesgo de resbalar demasiado hacia uno u otro de los “extremos” del espectro se encontraría siempre latente.

Desde que León XIII publicara la encíclica *Rerum Novarum*, en 1891, la Iglesia Católica emprendió un esfuerzo sostenido por ocupar un papel activo en lo relativo a la “cuestión social”. Se hacía referencia, por medio de dicho concepto, a esa mirada de problemáticas que, extendiéndose en un amplio abanico, podían involucrar desde la pauperización de los sectores populares hasta cuestiones vinculadas al habitar urbano y a una conflictividad obrera que, sobre todo a fines del siglo XIX, se tornaba cada vez más álgida. De algún modo, la “cuestión social” era contemplada como la faz más oscura de ese mundo moderno que parecía despuntar en las postrimerías del siglo XIX, un mundo que había encontrado en las figuras del progreso ilimitado y de la ciencia dos de sus significantes más poderosos. Por ese motivo era preciso trabajar, infatigablemente –porque, como hacía tiempo había sentenciado Goya, el sueño de la razón puede producir monstruos- para encauzar ese magma subterráneo de conflictividad, actuar sobre el espacio urbano, reordenar un universo social cuyo equilibrio precario resultaba cada vez más difícil obviar.

Es cierto que el vínculo de la Iglesia Católica con esos ideales basados en el progreso y la ciencia se mostraba, como mínimo, ambiguo. En su papel de “Iglesia asediada”, sobre todo luego de que las tropas italianas ocuparan Roma en 1870, se aferraría, de la mano de Pío IX, a un discurso fuertemente ultramontano y de ribetes conservadores. No significa esto que la Iglesia fuera por completo refractaria a las novedades de ese “mundo moderno” que parecía estar despuntando; pero sí se oponía, férreamente, a la definición que sus enemigos “liberales” ofrecían de él. Una definición que, consideraban desde el Vaticano, tenía como uno de sus objetivos principales reducir la influencia de la Iglesia.

León XIII, ungido como pontífice en 1878, intentaría, al menos parcialmente, acortar la distancia entre el Vaticano y las novedades propias de su época. La encíclica *Rerum Novarum* sería uno de los productos más sólidos de esa nueva perspectiva. Por medio de ella, el viejo lazo que unía al catoli-

cismo con las prácticas de caridad pretendería de algún modo *aggiornarse*, dar cuenta de que circunstancias sociales novedosas obligaban a encontrar nuevas respuestas –aunque siempre contemplando principios tradicionales, al menos en apariencia- al problema de los desheredados. Así, como antes fue señalado, resultaba preciso rechazar tanto a un capitalismo sostenido sobre un utilitarismo sin alma, como a un conjunto de ideologías de izquierda que pretendían hacer a un lado la religión. En ese arenoso terreno intermedio la Iglesia construiría sus dispositivos sociales, buscando un equilibrio por momentos imposible entre un conjunto de polos –tradición/renovación; jerarquía/democracia; conflictividad/mansedumbre.

En esa misma línea, de hecho, Pío XI abordaría la cuestión social en la carta encíclica *Quadragesimo Anno*. En conmemoración del 40 aniversario de la *Rerum Novarum*, reeditaría el interés católico por una cuestión social que “desgarra a la familia humana” y destacaría los principios enunciados por León XIII como base de toda actividad cristiana en el orden social –aclarando, a su vez, la postura de la Iglesia ante las transformaciones operadas luego de la gran guerra.

Los artículos de Sabrina Asquini, “Los Círculos de Obreros y la cuestión social en la ciudad de Buenos Aires. Una mirada a través de la polémica católico-socialista de 1895”, y de María González Warcalde, “*Orden Cristiano* ante la cuestión social”, dan cuenta de esa “zona gris” entre aquellos polos extremos de oposición al socialismo y al capitalismo, en el período previo al Concilio Vaticano II –aunque las problemáticas planteadas por *Orden Cristiano* fueran mucho más cercanas a las que serían luego tematizadas en los tiempos del concilio.

Asquini analiza la polémica pública entre el director del periódico *La Defensa*, órgano de los Círculos de Obreros, y Adrián Patroni, dirigente del Partido Socialista. Los Círculos de Obreros y las agrupaciones sindicales socialistas competían por un público trabajador que, al menos parcialmente, se solapaba. Sus estrategias, sin embargo, diferían fuertemente: si los socialistas apelaban a la lucha sindical y la promulgación de leyes laborales, los católicos favorecían el desarrollo de asociaciones mucho más cercanas al mutualismo, que incluyeran tanto a obreros como a patronos, con el objeto de mejorar las condiciones de vida de los primeros pero también de moralizarlos por medio de la religión. Sin embargo, a pesar de la “aversión al conflicto” que parecían demostrar los dirigentes de los Círculos de Obreros –que, por otro

lado, no eran en general obreros-, al producirse la polémica antes referida el representante católico desplegaría una retórica que, aunque tibia, tendría un sesgo más claro en favor de los trabajadores: afirmando, por ejemplo, que apoyarían las huelgas siempre y cuando fueran legítimas –un tema por demás espinoso para el catolicismo argentino del período-, o que se mostrarían de acuerdo con la demanda de una jornada laboral de 8 horas, en la medida en que surgiera de los trabajadores. Como ha demostrado María Pía Martín, las cuestiones vinculadas al mayor o menor “obrerismo” de las asociaciones laborales católicas, así como su recurso a las medidas de fuerza, serían fuertemente debatidas, puertas adentro, en las décadas sucesivas.

María González Warcalde examina, para el muy diferente escenario de la década de 1940, los usos y debates sobre el concepto de “justicia social” en la revista liberal católica *Orden Cristiano*. En un contexto general de disputas semánticas por la definición de dicho significante, no existía un acuerdo acerca de su sentido dentro de la propia revista, cuyos colaboradores sí compartían principios tales como el antifascismo, el antiperonismo y el apoyo a la democracia liberal. Las opiniones divergían, sin embargo, entre quienes creían encontrar en un capitalismo librado a su propia dinámica el mejor camino posible hacia la justicia social, y entre aquellos que, a partir de convicciones éticas, consideraban necesario que el Estado tomara un papel mucho más fuerte.

Si la *Rerum Novarum* puede considerarse como un hito fundamental para el viraje, aunque fuera sólo parcial, de una “beneficencia” a una “acción social” católica, en una búsqueda de la Iglesia por adecuarse a los nuevos tiempos que corrían, las reformas introducidas por el Concilio Vaticano II deben ser contempladas como una segunda instancia de cambio profundo en lo relativo al vínculo entre la Iglesia y el mundo.

Inspirado fuertemente en el humanismo cristiano, anteriormente considerado sospechoso, el Concilio se autodefinía como una renovación tanto en el espíritu como en las formas y en cierto modo impulsaba la mayor participación tanto de religiosos como de laicos. Esa colaboración se plasmaría en muchos casos en la creación de cuerpos colegiados, como fueron los senados episcopales o las comisiones de trabajo (por ejemplo la Coepal) y en la mayor participación en la vida parroquial.

Asimismo, Roma fomentaba la mayor autonomía de las iglesias locales dando más espacio a la inculturación, es decir a la creciente adopción por

parte de las prácticas litúrgicas y de la acción pastoral de elementos y características culturales de los destinatarios.

Este *aggiornamento* promovido desde el seno de la Iglesia no se materializó automáticamente y si bien se pusieron en marcha importantes transformaciones la recepción de las conclusiones conciliares no fue homogénea. En muchos casos surgieron grupos reticentes a aplicar dichos cambios así como sectores moderados y otros absolutamente renovadores. Si bien es preciso evitar la simplificación de señalar una polarización en el amplio abanico de respuestas que se dieron, lo cierto es que la Iglesia se complejizó y junto con ello cristalizó la politización que estaba latente en diversos cuadros de la Iglesia así como la ideologización, en muchos casos, de la religión.

Fue en este contexto de creciente complejización que Pablo VI publicó en 1967 la encíclica *Populorum Progressio*, sobre las connotaciones sociales del compromiso evangélico, que se convertiría en el nuevo pilar de la Iglesia para abordar la cuestión social, junto con las ya mencionadas *Rerum Novarum* y *Quadragesimo Anno*. En dicha carta encíclica Pablo VI exhortaba al trabajo para alcanzar el desarrollo de los pueblos y acentuaba la necesidad de afrontar los desafíos necesarios para “favorecer la justicia social entre las naciones”. Al igual que sus predecesores, criticaba tanto al liberalismo sin rostro humano como al colectivismo marxista, y resaltaba la necesidad de trabajo urgente y conjunto ante una realidad “angustiante” para alcanzar mejoras en la cuestión social en clave de desarrollo y para evitar de ese modo las vías revolucionarias y reaccionarias.

Tanto el texto de Sara Martin, “De la caridad nacional católica al compromiso social: ‘la puesta en marcha de las obreras hacia un mundo mejor’, como el de Miguel Leone y Cristian Vázquez, “La pastoral rural en Formosa y el surgimiento de una *pastoral aborígen* (c. 1960-1980)”, tratan con los nuevos horizontes abiertos para el catolicismo post-conciliar. Puede verse en ellos cómo un conjunto de nuevas herramientas incorporadas por diversas ramas de la Acción Católica, sobre todo en la década de 1960, favorecieron el desarrollo de un nuevo tipo de compromiso con la realidad social por parte de sus activistas: éste es el caso, particularmente, del método llamado “ver, juzgar y actuar” –nacido en el marco de la Juventud Obrera Católica de Bélgica-, que implicaba conocer en profundidad el contexto sobre el cual se quería actuar, analizarlo críticamente y comprometerse de forma activa para paliar las injusticias sociales encontradas. Así, si en la España franquista la participación

de las mujeres en la HOACF “las capacitó para tomar parte en las reivindicaciones laborales, la reorganización del movimiento obrero y la participación en las actividades a nivel de barrio puestas en marcha por las asociaciones de vecinos”, en la Formosa de las décadas de 1960 y 1970 daría lugar a formas de organización y acción cada vez más radicales. En este último caso, de hecho, la “pastoral rural” sería finalmente disuelta por ese mismo motivo, ante la pérdida de apoyo de la Iglesia y la incrementada represión que sus adherentes protagonizaron. Aunque muchos de sus cuadros, y del capital organizativo acumulado, pasaría a refugiarse en la “pastoral aborígen”, ésta debería moderar la radicalidad de sus planteos para sobrevivir en un medio más adverso.

El trabajo de Mariano Fabris, “El catolicismo argentino ante la conflictividad obrera en los años 60’: la intervención de Caggiano y los posicionamientos de *Criterio* y CIAS durante el Plan de Lucha de la CGT de 1964”, también explora el desbordamiento de sentidos con respecto a la “cuestión social” en el contexto del Concilio Vaticano II. Así, afirma Fabris, mientras el Arzobispo de Buenos Aires, Antonio Caggiano, intentaba erigirse como vocero autorizado de la Iglesia para mediar entre los actores sindicales y el gobierno en el contexto del conflicto, y apelaba para ello a un discurso “tradicional” que apelaba a la concordia de clases y al temor a la expansión del comunismo, otras voces católicas emergían para enunciar discursos que, en mayor o menor medida, divergían con respecto a los de éste. Era el caso, en primer lugar, de la revista *Criterio*, desde la cual se abogaba por una reestructuración y modernización del Estado y de la representación política que pudiera adecuarse a los nuevos tiempos y que involucrara la participación directa de sindicatos y empresarios. Desde la revista *CIAS*, por otro lado, se abogaba que era necesario cambiar las estructuras políticas para incorporar a las masas y, de modo similar a *Criterio*, se entendía a la democracia liberal como un formalismo que retrasaba la modernización y el desarrollo. A partir de estos enfoques, ambas publicaciones –aunque más la segunda que la primera– contemplaron con ojos benévolos el Plan de Lucha, en cuanto manifestación legítima de los sectores obreros y no como un conjunto de acciones tendientes a la “subversión del orden”.

Este dossier pretende ubicarse en la línea historiográfica, de ya larga tradición, que analiza la relación entre la cuestión social y el catolicismo. En las últimas décadas, sin embargo, es poco lo que el área se ha renovado. Si Néstor

Tomás Auza fue un pionero en esta línea, con la publicación de libros como *Los católicos argentinos. Su experiencia política y social* (1962) y *Corrientes sociales del catolicismo argentino* (1984), en los últimos tiempos no hubo grandes avances en lo relativo a estos temas. Es pertinente destacar, para el período de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, la tesis doctoral de María Pía Martín, *Iglesia Católica, cuestión social y ciudadanía. Rosario-Buenos Aires, 1892-1930*, en la que estudia, entre otras cuestiones, el papel jugado por los Círculos de Obreros y los sindicatos católicos en el período.

El vínculo entre la cuestión social y la Iglesia luego del Concilio Vaticano II ha sido abordado por trabajos particulares y en general orientados a intentar iluminar la creciente politización dentro de la Iglesia en el marco de la convulsionada y pendular historia argentina. Ejemplo de ello pueden ser los textos de Lucas Lanusse *Cristo Revolucionario, la Iglesia militante*, de José Pablo Martín *Movimiento de Sacerdotes para el tercer mundo* o de Pablo Ponza *El Concilio Vaticano II y el ethos revolucionario en la Argentina de los sesenta-setenta*. Más allá de estos trabajos de carácter general, el estudio de estos temas se muestra en general subsidiario. Los siguientes artículos, por lo tanto, son presentados como un esfuerzo por revitalizar un área historiográfica que, a pesar de su relegamiento relativo, no ha dejado de ser fértil.